

JORGE MORALES CORONA

El hogar es un nombre que pesa

Premio
de cuento
Santiago Anzola Omaña
2019



Taller editorial
Contin

👉 *‘El hogar es un nombre que pesa’* recibió el **Premio de Cuento Santiago Anzola Omaña**, entregado por el jurado integrado por Iraida Casique, Vicente Lecuna y Julieta Omaña en la ciudad de Caracas, Venezuela, el día 25 de octubre de 2019.

JORGE MORALES CORONA

El
hogar
es
un
nombre
que
pesa

Premio
de cuento
Santiago Anzola Omaña
2019

VEREDICTO

 PUBLICADO
EL *domingo*
20 DE *octubre*
DE 2019 A
TRAVÉS DE LA
WEB OFICIAL
DEL PREMIO.

Nosotros, Iraida Casique, Vicente Lecuna y Julieta Omaña, luego de conocer los ciento noventa y ocho manuscritos enviados para optar a la Cuarta Edición del **Premio de Cuento Santiago Anzola Omaña 2019**, decidimos otorgar dicho galardón al relato **“El hogar es un nombre que pesa”**, firmado bajo el seudónimo *Nicazio Silvestre*.

En el cuento premiado se desarrolla una interesante superposición de tiempos, escenas y espacios que continuamente reta al lector, creando a través de tres partes la historia de una familia rota y sin esperanzas, que trata de sobrevivir en distintos aspectos y momentos. Del texto destacamos el refinado modo de dialogar con la realidad nacional donde se trabajan ciertas problemáticas como la pérdida del sentido de pertenencia, las injusticias y la supervivencia. El desarrollo de temáticas universales como el dolor, el sentido de vida y la desesperanza por medio de un lenguaje con delicadeza poética y fuerza narrativa. La profunda introspección psicológica lograda en la construcción de los personajes, donde se manejan distintas etapas de los miembros de la familia. El trabajo del suspenso y desconcierto al final del cuento que deja el texto de cierta manera abierto, pero sin miras de un mejor porvenir.

Una vez seleccionado el cuento premiado, se procedió a identificar al autor del relato, que resultó ser **Jorge Morales Corona**, estudiante de quinto año de Medicina de la Universidad del Zulia.

*Iraida Casique
Vicente Lecuna
Julieta Omaña*

20 de octubre de 2019

EL HOGAR ES UN NOMBRE QUE PESA

✎ ESCRITO
DURANTE LA
SEMANA EN
QUE LA
CIUDAD DE
Maracaibo
ESTUVO
SUMIDA EN LA
OSCURIDAD.

*Nadie nos prestó ser.
Cada nombre, desde su mismidad, le daba
al signo la temporalidad que requería.*

Reyna Rivas

Captó el ligero movimiento de la mirada cuando todo fue quedando en silencio. A ella poco le gustaba quedarse sumido en él. Con frecuencia decía que su inagotable conversación era lo que la había enamorado. Él podía hablar de cualquier cosa, a todas horas y cuando ella lo necesitara estaba disponible para acabar con su tormento. Pero esa tarde el proceso de descomposición del sonido le hizo darse cuenta del ligero movimiento de ojos hacia arriba, como buscando alguna señal.

—Todo está bien, tranquila —le dijo desde el escritorio.

Ella estaba sentada en el sofá junto al mobiliario que hacía las veces de oficina, biblioteca y, a veces, comedor. Le sonrió condescendentemente y siguió mirando al techo. Respiró aliviado al notar que solo era la mirada, que la reacción había sido leve (aunque no descartaba la posibilidad de un pequeño alud antes del terremoto).

Se asomó al balcón y quiso llevarla allí, que escuchara el paso de los carros por la avenida, pero dadas las experiencias anteriores era mejor dejarla sentada. El sol incidía sobre la fachada de forma oblicua, cambiando su ángulo con cada minuto que pasaba mientras la brisa tranquila predijo el cese total de la electricidad. La ciudad se había apagado a sus pies.

—¿Todo está bien? —le escuchó preguntar desde el sofá.

—Sí, perfecto: los carros pasan, hay poca brisa pero creo que llega hasta allá. ¿Lo escuchas?

—Sí, escucho perfectamente.

**El
hogar
es un
nombre
que pesa**
Jorge
Morales Corona

Tenía días sin conseguir el ansiolítico que le habían recetado en la última consulta; temía, con inevitable pesimismo, un colapso total y otra crisis de nervios. Ya era suficiente con la que él sufría a esas horas de la tarde. Ahora se debatía entre seguir escribiendo o iniciar el proceso de adaptación del medio que con el pasar de los años había instalado en su casa, donde lo importante era no permanecer en silencio.

Había engranado un conjunto de campanas y móviles de tal forma que al jalar de una cuerda se iniciara un sonido algo sincronizado por toda la casa. Necesitaba que el sonido se convirtiera en movimiento antes que ella descubriera el cese de la electricidad. «Aquí sobrevivimos con un poco de locura», pensó volviendo la mirada y detallando la sonrisa inocente que se le había dibujado a su mujer al escuchar una bandada de pericos que migraban y que dejaron su canto regado cerca del balcón.

—Ya no los alimentas —comentó al desvanecerse el canto en la lejanía.

—La que los alimentabas eras tú, pero se te quitó la costumbre.

—Es que desde que me quitaron las manos estoy que no me aguanto en pie.

—Pero mujer, si tú estás completa.

—Díselo a los pájaros, que ya ni se detienen a saludar. A cada cual le llega la hora de migrar y es muy doloroso despedirse —se lamentó la mujer—. ¿Has hablado con Jair?

—Sí, lo hice ayer —mintió—. Te envió saludos.

—¿Cuándo pasa por aquí? La próxima vez que hables con él le dices que traiga a Escarlet, que tengo tiempo que no la veo. Sé que no soy su madre, pero por favor, yo le quiero mucho; y más a la chiquilla.

—Claro, yo se lo digo. Prometió una visita en estos días.

Pero la realidad escocía pecho adentro porque Jair tenía cerca de cuatro años que no aparecía. Algunos le dijeron que estaba en Ramo Verde, otros que en El Helicoide. Nunca hubo certeza sobre su paradero. Su nuera y nieta ahora vivían en el exilio en Estados Unidos, en el estado de Missouri.

—Ya vengo, voy a agarrar agua.

—Tranquila, yo te la traigo.

—Joaquín —contestó con seriedad—, no es para beber, es para salvarnos.

Había sido durante la Semana Santa pasada. El viaje se había prolongado más de la cuenta y terminaron retozando en Tucacas con unos amigos llegados desde el exilio autoimpuesto. Chile, Ecuador y Suiza. Vinieron en unas vacaciones tan fugaces como el recuerdo que habían dejado grabado en los que se quedaron.

Tres días bastaron para hacer coincidir definitivamente las miradas y las bocas. Sedientos, después de correr por la costa, se sentaron a esperar el amanecer. Él decía que cuando se metía una buena borrachera le gustaba correr, quitarse el malestar y el mareo impuesto. Ella, en cambio, había dejado de beber hacía tiempo. «El alcohol me trae malos recuerdos», le dijo. «Todos tenemos borracheras inolvidables, de esas que uno dice ‘no vuelvo a beber nunca más’. Pero uno lo vuelve a hacer y se olvida de la promesa. Es que si lo analizas bien para eso están ellas: para quebrarlas. Tranquila, tómate un trago de vez en cuando», le comentó él todavía con la respiración entrecortada del esfuerzo.

La voz quiso salir pero no pudo. Se quedó un rato con la respuesta a ese comentario mientras veía el romper de las olas. El recuerdo se rebatía con el mar y le quitaba nuevamente el aliento. Era la primera vez que volvía a la playa desde la catástrofe. Le dieron ganas de contarle, quebrar esa promesa que se había hecho y por fin hablar sin miedo de lo que había sucedido.

El
hogar
es un
nombre
que pesa
Jorge
Morales Corona

«No es la borrachera, es la playa. La última vez que estuve cerca de una, mi familia fue arrastrada por el alud», dijo al fin. Él se quedó callado.

En ese momento poco le importó el pasado, a pesar de siempre haber pensado que todos estamos contruidos a partir de esos derrumbes pretéritos, de los dolores que nos marcaron y esa necesidad imperiosa de cambiarnos el rostro, el nombre, a lo que pertenecemos. Él, tal vez, era igual que ella. Mantenía un dolor bien guardado, debajo de la lengua que no estaba dispuesta a despegarse del paladar para contarlo. Si eso era así, ¿a quién pertenecían ellos?

«Todo suceso pasado es un derrumbe», dijo después. Ella lo miró y lo detalló en medio de la madrugada incipiente. Lo había conocido tiempo atrás y su amistad había sido un frágil intento de relacionarse el uno con el otro. Le tomó de la mano y repitió esa última frase como un mantra. Pensó en el derrumbe de su vida, en lo cerca que estaba nuevamente del abismo.

Él había sido el inicio de su regreso a la vida. La amargura que la fue invadiendo se había convertido en deseo y este último en un intento inusitado de supervivencia.

«¿Alguna vez has estado con una persona destruida?», le preguntó él. Ella asintió. «Yo estoy destruida». Y la mañana los consiguió desnudos, llevados por la marea. Se hicieron uno y para siempre entre las olas frías que traspasaron sus cuerpos.

Ahora sentían de nuevo el calor que dejó el orgasmo mientras se vestían. Había pasado casi un año desde aquel amanecer y Jair estaba cada vez más seguro de amarla. Verónica, por su parte, seguía sintiendo ese deseo irrefrenable por él. Tal vez ser el mejor amigo de su novio lo dotaba de un aura de desquite y eso le encantaba.

Arreglaron un poco la cama y se sentaron a fumar un cigarro. La habitación, en medio de la penumbra, adquirió una dimensión más grande que lo que ella recordaba.

Los tonos caoba plásticos de las paredes se habían ensombrecido y el olor a moho pululaba por ese aire viciado que los envolvía. «Parecemos fantasmas», pensó atravesando con la mano la nube condensada frente a ellos. Por un momento estuvo segura de alcanzar algo de otra dimensión, un reflejo vago de lo que había sido su vida. Jair decidió abrir la ventana y la avenida El Milagro trajo consigo el estruendo del tráfico. Se quedaron callados lo que duró en consumirse el cigarro. Entre ellos más que palabras lo que había era una promesa de lealtad quebrada, solo conseguida entre las sábanas, se repartían los espíritus que guardaban en sus cuerpos y volvían a la vida normal que los laceraba al salir del hotel.

—¿Qué hay de Hugo? —preguntó luego de lanzar la colilla por la ventana.

—Los doctores no nos dicen nada con certeza. Estoy cansada de estar preocupada —contestó ella mientras le acomodaba la camisa dentro del pantalón.

—Manuel me llamó ayer, está preocupado. Me pidió plata pero le tuve que decir que la había gastado en el carro. Era prestarle (y que posiblemente no me pague en un buen tiempo) o pagar lo de nosotros.

—Él se puede ir a la mierda.

—Pero es el padre de tu hijo.

—Y tú su mejor amigo, de todos modos estamos aquí. Me preferiste a mí.

Ella le dio un beso largo, uno donde sus labios se hundieron, buscaron sitio y se fueron disolviendo como el sol que se derramaba por la ventana. Habían hecho el amor a oscuras, los gemidos se habían escuchado en el pasillo, la electricidad no daba señales de volver a esas horas. Pero no les importó nada, la desesperación por unirse estaba a merced de sus cuerpos como una forma de seguir teniendo esa pertenencia que no conseguían.

—Quiero ir a verlo.

—No, Jair, déjate de vainas. Siempre lo puedes llamar

y sabes que te va a decir lo mismo.

—Es mi amigo, no puedes obligarme a alejarme de él. Lo tengo que ver antes que nos vayamos.

—Haz lo que te dé la gana —contestó Verónica con hastío—. ¿Nos vamos?

—Sí, primero debo pasar a buscar un material en la redacción. Luego seguimos al hospital, ya Manuel te debe estar esperando.

Durante el camino se fumaron otro cigarro con el silencio preciso para entender que todo lo que se había planeado, más que un escape de enamorados, era un negocio. Se habían vuelto más socios que amantes. No se tomaron otra vez de las manos —como habían salido del hotel— ni desearon besarse. Las ganas murieron apenas salieron de la habitación.

Aún con la inocencia, surcando esas calles sumidas en un tráfico irresoluble, él no se imaginó que en la redacción lo esperaba una comisión del SEBIN. Apenas estacionaron sintió una ráfaga de frío recorrerle la espalda. Por su mente solo se pasó el escape.

—Quédate en el carro, ya vuelvo —dijo viendo a los efectivos apostados a las afueras del edificio del periódico—. Apenas pase la entrada sales corriendo.

El siguiente quejido la terminó de quebrar. Se tuvo que encerrar en el baño a llorar para que nadie viera su vida destrozada por la impotencia. Mantuvo las lágrimas en sus manos por varios minutos, mojóndose de toda esa incertidumbre que la iba quebrando día a día. Se había cansado de luchar contra lo inevitable, con el próximo dolor de barriga sin poderlo resolver; y así con todo, el agua anunció con no volver nunca más y la luz daba ciertas pistas de haberla acompañado solo hasta ese día.

Pensó en Joaquín, en cuántas veces le maldijo la vida por dejar vacía esa casa que él había comprado mientras ostentaba un cargo en la Asamblea Legislativa del estado

El
hogar
es un
nombre
que pesa
Jorge
Morales Corona

[14]

e irse con la puta esquizofrénica de una concejala. Ahora para ella solo quedaba la infraestructura fría, despojada de la esencia de un hogar. Era una mujer consumida en lágrimas.

Cuando salió una brisa fría la envolvió y por primera vez en mucho tiempo sintió que la casa la dejaba desnuda, a merced de lo que amenazaba después de la acera. Había luchado mucho, quizás demasiado. Y todo se resumía en esa brisa que auguraba lo malo y le envolvía el cuerpo en una certeza. Sabía que al escuchar el próximo quejido no podría aguantar el llanto y, en cambio, daría por terminada la fantasía que el hombre que alguna vez se había ido temprano por la mañana volvería por ella y su hija.

«La familia es el primer dolor»^[1], se dijo aún parada en la puerta del baño parafraseando el verso de un poeta falconiano que alguna vez había leído en la universidad. Durante esos años pensaba que lo tenía todo: familia, casa, estudios, futuro. Ahora se resumía en atajar pequeños filamentos de aire para cenar. Esa era la comida en la casa: viento frío traído desde lejos, porque electricidad tampoco había, aunque el que no entrara más viento le aseguraba no volver a tiritar, sin ese movimiento espasmódico no habría quejido y sin quejido todo sanaría. «Mi familia es mi último dolor, aquí no se siente más nada», pensó mientras caminaba hacia la puerta de la entrada.

Llamó a Jair que jugaba con el hijo del vecino y le informó que cerraría la puerta. La comanda significaba, en otras palabras, el cese total de las actividades, el sueño impuesto para no sentir el hambre. Pero la acidez no deja dormir, ese brebaje de agua de plátano que más que llenar les había hecho doler el estómago. Tal vez por eso el quejido proveniente de la habitación, quizás ahí residía toda la desesperación.

[1] TIZZANI, Julio. *Árbol genealógico*, 2019, p. 42. Ediciones Palíndromus. Maracaibo, Venezuela.

En la nevera solo quedaba agua fresca.

El niño entró en silencio, con ese *swing* peligroso de aquel que copia la actitud de un antisocial, con una pistola hecha de madera que servía para jugar a los ladrones a diario. Ella siempre le decía que el juego se llamaba «Policías y ladrones», porque donde hay mal existe el bien. «Sí, pero aquí todos son ladrones, tanto policías como los malandros», apuntaba el niño. A pesar de su actitud, ella a menudo solía preguntarse si tal vez él recordaba a su padre, si la actitud que había desarrollado en contra de ella se debía a la ausencia de figura paterna; pero si aún lo recordaba, ¿por qué no preguntaba por él? ¿Se había acostumbrado, a diferencia de ella, a la pérdida y la soledad de la casa?

«Joaquín, tenemos que hablar», le había dicho días después que los había abandonado. «No tengo que hablar nada contigo, Flora, déjate de vainas. Tú sabes por qué me fui. La casa es ahora tu peo», dijo el hombre y arrancó en la moto. Esa nube de polvo que le dio un aura tenebrosa seguía junto a ella. Era el principio y el fin de las cosas. Venía del polvo y a él iba, como le había dicho su padre cuando ella escapó de casa. Ahora lo entendía, le pesaba en la espalda cada decisión que había tomado, todos los amores que había sentido y las verdades a las cuales se había negado a aceptar. Entre sus dientes masticaba la tierra, salada, indiferente, exquisitamente vomitiva. Era una mujer rota, resultado de otros quiebres, de otras reencarnaciones incompletas.

«Guarda la pistola y desvístete para bañarte», le ordenó, «Voy a ver a Lucila y cuando vuelva te quiero en el baño. Y no te lo digo dos veces», completó al ver la burla que le hacía el niño. Cada vez que pronunciaba el nombre de su hija, Lucila, recordaba a Joaquín. «Esa muchacha no es hija mía. Nadie te manda a andar de puta en camas ajenas», le había dicho él una y otra vez en su recuerdo. La recriminación tomaba la forma de puñal que se le hundía lentamente cada vez que era repasada. Una a una las palabras se afilaban más. Lucila era un peso que llevaría

toda la vida, que boqueaba en busca de una relación con la normalidad a como diera lugar.

Había nacido con parálisis cerebral doce años atrás. Los doctores le habían indicado que sería *una niña por siempre* y que no sobreviviría a los siete años de edad. No caminaba, tampoco tenía autonomía para comer o hacer sus necesidades. Cada día era como renacer con la misma niña. Jair creció con la convicción de ayudar a su hermana, aún sin entender aquel rostro que lo miraba desde otra dimensión. A través de sus ojos conseguía algo que carecía de nombre pero que día a día fue dando forma a su carácter, un sentido de pertenencia que no había conseguido en su casa. Lucila era su hogar, la persona que lo había querido no importaba el día o la hora. Ella era su padre y su madre, que lo enseñaba desde el silencio y la sonrisa que desenvainaba.

Flora se guio por la penumbra, descifrando contornos y movimientos a través de lo que su visión alcanzaba a proveerle. Corrió la cortina que servía como puerta para la habitación y tras el velo consiguió la cama solitaria. «Luci...», dejó escapar hacia la hondura pero ni un eco se le devolvió. La oscuridad en aquellos momentos parecía estar formada por antimateria, una fuerza física paralela que ahogaba el sonido. Se aventuró guiándose por el borde del colchón hasta alcanzar el lado donde siempre acostaba a su hija. Ahí fue donde adivinó otro contorno, uno en el suelo que poco a poco se movía. «¡Luci!», volvió a regalarle un grito al vacío. Se abalanzó sobre el cuerpo dándole sentido y profundidad a través del tacto. La parió nuevamente con sus manos, formando los brazos, el abdomen, las piernas y la cabeza, esa porción del nuevo cuerpo que estaba mojada y caliente. El pelo se le hizo viscoso entre los dedos, como si le hubieran bañado la cabeza con aceite. Volvió a restregar los dedos contra el cráneo y los llevó a la boca.

El sabor de la sangre era inconfundible: amargo como el peso de la casa sobre su espalda.

postfacio

LA GENEALOGÍA DE LAS FRACTURAS

NATALIA GORRITI

☞ O LA
(re)construcción
A PARTIR
DE *otra*
SANGRE

Las líneas generales de un cuento siempre están presentes para dejar ver el entretejido que forma el autor con su historia. Ver esto último como un esquema de la acción o los motivos personales de quien escribe (o, en este caso, narra) nos permite acercarnos a la dimensión desconocida de las palabras. El orden, peso y medida que estas últimas encuentran forman el sistema de organización y motivaciones por la que fue desarrollada la narración.

El cuento es una aventura personal de cada lector: lo puede disgustar, alegrar, enrabiarse, pero siempre llevando una parte de él hacia lo subjetivo del ser. Es inevitable que el autor no cree personajes que transgredan *la cuarta pared* de la historia y se hagan piel en los lectores. Por ello, la conjunción de personaje, historia y lector nos brinda un viaje a sensaciones de otras vidas, con altas y bajas emociones que dependen del modo en que incida lo escrito en uno.

En este cuento que nos reúne, '*El hogar es un nombre que pesa*', el autor nos presenta el *modo catéctico* de la orientación motivacional descrita por Parsons en el siglo XX. En base a esto, vemos que el *motivo* gira en torno a un símbolo muy utilizado dentro del universo literario de Jorge Morales Corona: *el hogar*; donde el espacio se convierte en objeto de significación afectiva: el apartamento de Joaquín, el hotel de encuentros clandestinos de Jair y la casa fría de Flora. Tres espacios siempre habitados por personas que desarrollan sus acciones en base al hogar que entre ellas forman.

Se pudiera tomar, en consecuencia, la cadencia con que los hechos son narrados y la historia que va tejiendo un río de múltiples cauces. La familia, signada bajo lazos de sangre, forma nuevos caminos para el entendimiento del mundo. Joaquín desde la paupérrima calidad del sistema de salud del país para afrontar una enfermedad mental, busca estabilidad en el *más allá* de su mujer. Nos hace temblar con su tono nervioso, con entonación algo serena para no hacer que el castillo de naipes se caiga,

porque perder el equilibrio es la última consecuencia a la que le gustaría enfrentarse; y en el otro lado de la historia su exmujer, Flora, se debate en el mismo silencio que él deberá enfrentar muchos años después.

La historia completa más que una genealogía es un castillo de naipes, sí, como lo referido anteriormente.

Jair, esa pieza faltante en toda la narración, encuentra sus motivaciones en el ejercicio, de lo que presumimos, es la palabra a partir del oficio periodístico, uno muy perseguido durante los últimos lustros en los países latinoamericanos asotados por la corrupción y la delincuencia. Nos hacemos un recuento de su vida a partir de experiencias compartidas, poco a poco tejiendo diversos matices que confieren profundidad psicológica a este personaje. Su hogar se encuentra en la memoria de Lucila, pero se centra en un plano temporal distinto a este: me refiero a la inestable relación con una Verónica entregada al pasado, aún sumida en la amargura de sus propios conflictos *hogareños*: un hijo enfermo, un novio al que no ama, una familia destruida por un alud. Por eso hace mella entre ambos el escape como forma de sobrevivir junto al otro, aunque la poética con que se nos describe la relación vaya dejando ver las fisuras que poco a poco debilitan las bases.

Al hablar de Flora ya hablamos de la devastación. El castillo está a punto de caer, dejándonos entender la genealogía de las fracturas que nos ha ido dando la historia de esta familia. El hogar de *la niña por siempre*, Lucila, se ha construido a base de resquemores que el autor retrata muy bien en su eterno juego con los tiempos narrativos. El hogar es entonces un reflejo de lo que sucede afuera, el país incide en este espacio de la sangre (metafórica y literal) que no encuentra cauce ni nombre que le dé sentido. Lucila estará signada, pues, por las fracturas familiares a algo que termina por conminarnos a ser partícipes de la historia al terminar en un final abierto, para nada feliz, donde la especulación será una de las principales conclusiones de su universo.

‘*El hogar es un nombre que pesa*’ retrata un país personal entregado a la separación. *El nombre* es un motivo más para generar un discurso subjetivo sobre la carga que genera la pertenencia y la obligación de percibir el mundo desde la historia familiar, como lo estipulan algunas teorías psicológicas. La estructura de la acción en este cuento responde a las relaciones existentes en una tríada indisoluble formada por el organismo social (nuestros personajes), su situación y los objetos (el *nombre* y el *hogar*).

Concluyo estas palabras con una máxima muy poderosa del mismo Parsons cuando diserta sobre el actor y los objetos, aplicable a este cuento que nos reúne en la lectura y que considero de suma importancia para su entendimiento con un enfoque, si se permite, *holístico*, de la historia que junta a esta familia. Parsons refiere que «el objeto social es un complejo de realizaciones cuando el actor, en la orientación de su acción hacia los objetos, *focaliza* su interés sobre los procesos de acción del objeto y *sus éxitos*, antes que sobre sus cualidades o atributos».

España, 24 de octubre de 2019

El
hogar
es un
nombre
que pesa

Jorge
Morales Corona

[21]

SOBRE EL AUTOR

Jorge Morales Corona

(Santa Ana de Coro, Venezuela. 1995)

Autor y editor. Ha publicado los poemarios *Escribiendo en Tierra de Nadie* (2013), *Araboth* (2015), *Alma* (2015), *Ciudad del Sur* (2016), *Reflejos Cotidianos* (España, 2017), la compilación *El conjuro del humo (Poemas inéditos)* (España, 2018), *Guardianes del susurro* (Costa Rica, 2018) y *El árbol de mi sangre* (Venezuela, 2019); como narrador el libro de cuentos *Cirqueros, Gitanos y Embusteros* (España, 2017) y como cronista *Ruta 6 –Volumen 1–* (Venezuela, 2017).

Recibió el *IV Premio de Cuento Santiago Anzola Omaña* (Venezuela), Segundo lugar del *II Concurso Nacional de Joven Poesía Hugo Fernández Oviol* (Venezuela), Mención Honorífica en el *III Concurso de cuento Santiago Anzola Omaña* y en el *Concurso Internacional de Teatro Breve “Marité Repetto”* (Argentina).

Parte de su trabajo ha sido incluido en antologías en España, Argentina, Colombia y México sobre poesía y cuento. Ha publicado en *Panfleto negro* (Venezuela),

Poesía desde Valencia (Venezuela), *Letralia* (Venezuela), *Revista La Caída* (Colombia), *Áspera Zine* (México), *Ibídem* (México) y *Revista Pluma* (Ecuador).

Libros del autor se pueden conseguir en la biblioteca digital *Poesía Vzla* y en su blog personal. Poemas suyos han sido traducidos al inglés y al italiano.

Preside desde 2017 la junta editorial de la *Revista Literaria Awen* y la dirección de Ediciones *Palíndromus* y en 2019 fundó el estudio gráfico *Komm!*

Actualmente cursa estudios de Medicina en la Universidad del Zulia.

Este ebook se terminó de editar en el mes de *noviembre* de 2019 entre *San José*, Costa Rica y *Maracaibo*, Venezuela mientras la electricidad permitía conectar las palabras a la hoja digital, aún con el presentimiento del siguiente lazo genealógico pesando en la espalda.

Para su composición se utilizaron las familias tipográficas *Libertinus Sans* y *Andada*.

El hogar es un nombre que pesa
© 2019, Jorge Morales Corona
Todos los Derechos Reservados

PRIMERA EDICIÓN | 2019
Maracaibo, Venezuela
San Jose, Costa Rica

DIAGRAMACION | *Diana Contín*
CONCEPTO GRÁFICO | *Salvador Rojas*
Igor Bárcenas
CORRECCIÓN DEL TEXTO | *Salvador Rojas*

*Queda prohibida cualquier forma de reproducción,
distribución o transformación de esta obra sin contar con
la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.*

Taller
editorial
Contín